

# 1

## LA PANDILLA MARA

Roberto desenvolvió cuidadosamente el bocadillo que le había preparado su madre. Aunque era la hora del recreo y aquello parecía una colmena con niños y niñas corriendo a su alrededor, cruzándose delante de él y desviando el rumbo de sus carreras milímetros antes de chocar con él, Roberto, como todos los niños, tenía bien desarrolladas las técnicas de supervivencia necesarias para salvar su preciado bocadillo. Su madre le había puesto fuet como premio a una buena nota que había sacado ayer ¡en un dictado!, y el fuet era lo que más amaba en el mundo. Bien se merecía disfrutar del bocadillo y no dejar caer ni una miga, porque, con su dislexia, le costaba sudores y llantos sacar algo que no fuera un suspenso en lengua. Pero hoy estaba feliz, y sus padres también. Cerró los ojos con reverencia y se dispuso a hincarle el diente a su bocadillo, cuando, de repente, sonó una voz a su lado:

—Huy, qué bocata más bueno, dame un poco...

Fin del idilio. Roberto abrió los ojos sin sorpresa, sabiendo quién estaba ante él. Perfectamente conocía a César, un niño algo mayor que solía meterse en el patio de los pequeños a molestar.

—Bueno —dijo Roberto—, te doy, pero un trocito pequeñito, ¿vale? —y le ofreció su bocadillo.

César era un abusón, pero todos sabían que nunca llevaba nada para comer en el recreo y que siempre andaba un poco descuidado.

—Humm, ¡qué bueno! —exclamó César, dando un mordisco descomunal y llevándose por delante medio bocadillo.

—¡Eh! ¡He dicho un-trocito-pequeñito! ¡Dame mi bocata! ¡Que me lo des! —gritó Roberto, intentando cogerlo.

Pero César era más alto y fuerte que él y, mientras apartaba a Roberto con una mano, con la otra se iba zampando el bocadillo.

Roberto entró en terror. Veía desaparecer ante sí su preciado premio, sin que pudiera hacerse nada... ¿O sí?

—¡¡¡PANDILLA MARA!!! ¡¡AYUDA!! —gritó con todas sus fuerzas hacia la masa de niños que vociferaban a su alrededor.

Como por arte de magia, de la nada aparecieron dos niñas y un niño, que se acercaron corriendo.

—¡Se está comiendo mi bocata! —gritó Roberto.

Rápidamente, los cuatro rodearon a César, al tiempo que Andrea gritaba:

—¡Ayuda, Roberto en apuros!

Eso hizo que otros niños y niñas se acercaran a ellos, de forma que pronto había una marabunta de niños rodeando al asustado César, que no se esperaba tanta invasión.

—Vale, vale, ya te lo doy —le dijo a Roberto.

Le devolvió lo que quedaba del bocadillo y se fue corriendo de allí, aprovechando la confusión de niños corriendo y saltando alrededor de ellos.

Andrea, Alberto y María se quedaron con Roberto.

—Gracias, me habéis salvado la vida —dijo este, mirando con pena el trozo de bocadillo que quedaba.

—Tú eres tonto, no tendrías que haberle dado nada a ese niño, ya sabes cómo es —le regañó Alberto.

—Pues no, ha hecho bien, lo que pasa es que César es un abusón y se pasa —replicó Andrea.

—Bueno, es que me daba pena, siempre está solo y nunca tiene nada para comer... —dijo Roberto.

—Pues eso, eres tonto. ¿A ti qué te importa si no tiene nada que comer? A mí tampoco me dan nada y, cuando se acuerdan, me dan lo primero que encuentran en la nevera... —volvió a replicar Alberto.

—Mi madre dice que hasta que no se lo hayan ganado, no hay que darles nada a los demás. Por eso a vosotros sí os doy... —replicó María.

—Pues mi madre dice que siempre hay que ayudar a los demás, pero sin dejar que abusen de ti —dijo Andrea.

—Yo estoy de acuerdo —repuso Roberto—, la próxima vez le daré yo el trozo y así no se zampa medio bocadillo.

Andrea asintió con convicción y María también, aunque algo menos convencida.

—Por cierto... —preguntó Roberto—, ¿queréis un poco...?

Los demás, al ver su cara de sufrimiento por miedo a que dijeran que sí, se rieron.

—¿Ves como eres tonto? —dijo Alberto, pero ya en otro tono—. Venga, que se acaba el recreo, ¡un pilla-pilla!

Esta es la Pandilla MARA: María, Andrea, Roberto y Alberto. Tienen entre nueve y diez años, y están en la misma clase de cuarto. Son niños normales, alegres e inquietos como todos, pero tienen un tesoro que no todos los niños pueden disfrutar: son amigos. Como habéis visto en el ejemplo anterior, cuando alguno está en apuros, los otros acuden en su ayuda y le defienden, y suelen jugar siempre juntos. Eso no quiere decir que no discutan, se peleen o jueguen con otros niños, pero saben que se tienen y que no se fallarán. Y eso a alguno de la pandilla le está salvando la existencia, como veremos.

María, Andrea, Roberto y Alberto nos van a permitir entrar en el pequeño gran mundo interior de los niños. Los niños a veces, son un misterio para los adultos. «¿Se estará sintiendo mal?», «¿Me querrá tomar el pelo o es que de verdad no sabe hacerlo?», «¿Estará sufriendo y yo no me entero?», «¿Tiene un “morro que se lo pisa” y yo estoy creyendo que tiene la autoestima baja?», «¿Se está aprovechando de mí, queriendo sacar tajada de mi preocupación?»...

Es ese un mundo en el que con una frase se refleja toda una gama de sentimientos, reflexiones y conclusiones que los niños van extrayendo a medida que adquieren nuevas experiencias. Los adultos hablamos mucho, por lo general, y somos más capaces de expresar lo que queremos y sentimos, pero también de ocultar y utilizar las palabras para lo que nos interesa mostrar. Los niños no tienen todavía tal dominio de la palabra y, además, no se paran a darle muchas vueltas a las cosas, sino que van acumulando experiencias, registrándolas, experimentándolas; en suma, están en constante aprendizaje. La mayoría de las cosas las aprenden por ensayo-error, porque nada está fijado todavía y cualquier cosa puede hacer dudar